

SOMOS  
HISTORIAS



**Versión  
fácil y  
rápida**

# **LAS PENAS DE LA JOVEN CARLOTA**

Adaptación de  
Las penas del joven Werther

Luto de la joven Carlota

SOMOS  
  
HISTORIAS

## Derechos de autor

Copyright © 2023 Somos Historias Derechos de autor © [2023] [Somos Historias]. Todos los derechos reservados.

Este libro electrónico está protegido por la ley de derechos de autor. Queda prohibida la reproducción, distribución o transmisión de cualquier parte de esta publicación por cualquier medio, incluyendo la fotocopia, grabación u otros métodos electrónicos o mecánicos, sin el permiso previo por escrito del editor, excepto en el caso de citas breves incorporadas en revisiones críticas y ciertos otros usos no comerciales permitidos por la ley de derechos de autor.

Para solicitar permisos, por favor, póngase en contacto con el editor en [contacto@somoshistorias.mx]

# Tabla de Contenidos

[Prólogo](#)

[Parte I, Episodio I](#)

[Parte I, Episodio II](#)

[Parte I, Episodio III](#)

[Parte II, Episodio I](#)

[Parte II, Episodio II](#)

[Parte II, Episodio III](#)

[Parte II, Episodio final](#)

# Prólogo

Hace más de treinta años se publicaron las cartas del desdichado Werther. Desde entonces, su infortunio amoroso ha estremecido a lectores a lo largo y ancho del globo. En un gesto de altruismo hacia el mundo de las letras, Carlota decidió romper el silencio en el cual se sumió con respecto al escándalo. Entregó a esta editorial las cartas que envió a su tía durante los años que mantuvo amistad con Werther para que fueran editadas y publicadas. Agradecemos profundamente la confianza de Carlota para mostrarnos, desde la intimidad de su pluma, el revés de las *Penas del joven Werther*.

Al lector:

“Que estas cartas sean prueba de la vacilación de un alma torpemente enamorada, de una amistad quebrantada por el malentendido, de un destino azotado prematuramente por el rayo de la muerte. Que estas cartas sean la declaración de existencia de mi amado amigo Werther”.

Atentamente: Carlota.

## Parte I, Episodio I

10 de mayo de 1771

He redescubierto la herida de la soledad, tía. Aunque lo hice sólo por un momento, antes de que las bromas juguetonas de mis hermanos me arrancaran de mi pesar.

Te pido disculpas por haber descuidado el contacto contigo, por haber mandado cartas con el ánimo delgado. Desde la muerte de mi madre, desde que ascendió al cielo su alma virtuosa, tuve que madurar con premura. De un tirón me fue procurada la vida de mis ocho hermanos, la armonía del hogar y la tranquilidad de mi padre desamparado. Apenas me sobró tiempo para leer o escribir y desatendí nuestra amistad lejana.

Hace poco que pude encontrar el ánimo adecuado, pero la ausencia de mi madre advino como un fantasma una vez más. Hace dos días le informaron a Alberto que su padre había fallecido. La noticia no le tomó por sorpresa, porque era un señor enfermo del corazón. Pero a mí me atravesó hasta los huesos. Al fin y al cabo, la muerte es una huella indeleble.

Alberto se ausentará varias semanas para arreglar la herencia que su padre le dejó. Desafortunadamente, no pude acompañarlo, pues debía encargarme del hogar.

Te escribo, ya con más calma, desde el jardín de esta, tu casa.

27 de mayo

Te agradezco los consejos. El té de hoja de naranjo y el reposo bajo la sombra de los árboles ha apaciguado mi corazón. Mi congoja no fue larga, tampoco podía permitírmelo. Me he impuesto la obligación de no mostrar con facilidad las grietas de mi alma. Si lo hiciera, ¿cómo haría sonreír a mis hermanos pequeños? ¿Quién les daría la estabilidad materna sino yo?

El otro día fui al centro de Wilhelm a comprar legumbres con Candelaria, la viejita de la hostería. Mientras llenaba mi morral con lentejas, me contó sobre un chico extraño que había llegado desde la ciudad caminando. El chico nunca había estado en Wilhelm y, al parecer, tampoco era originario de la ciudad de al lado. Entró a la hostería con el cabello negro revuelto y con notables manchas de sudor en la ropa. Le pidió un poco de requesón y pan para jugar con los niños de la plaza. Candelaria creyó que bromeaba, pero segundos después, vio al joven desde la ventana alimentando a los niños y brincando con ellos. Me dijo que nunca había visto a un alma tan infantil en un cuerpo tan desarrollado. Su historia me hizo reír y preguntarme si fueron las relucientes colinas de Wilhelm atraieron la atención del joven viajero.

18 de junio

La coincidencia es un accidente insólito. ¿O será predestinación? Tía, tú que meditas sobre la necesidad del mundo y de Dios, ¿estarán todas las cosas ya arregladas de antemano y nosotros sólo presenciamos los fragmentos sin unirlos? ¿O será que el universo es una gran casualidad?

Hace unos días se celebró la fiesta del pueblo con un baile por la tarde. Quedé con mi amiga Elizabeth y su tía quienes me recogerían en su coche para llegar juntas a la fiesta. Pero, me tomó por sorpresa cuando, al darse la hora acordada, entró un joven desconocido de cabello

negro con los ojos olivos. Yo estaba a media hazaña dándole de comer a mis hermanos, repartiendo el pan justamente de acuerdo con el tamaño de su boca, mientras el joven me veía como si contemplara un cuadro.

Se llama Werther y fue la pareja de baile de Elizabeth. Me disculpé con él por el retraso y corrí a terminar de vestirme. Al regresar, me di cuenta de que Werther había hecho amistad con los más pequeños de los niños. Brincaba con ellos y los abrazaba afectuosamente. Pensé: “¿Será acaso este joven el alma infantil que vio Candelaria?”

Ya en el coche, la tía de Elizabeth me preguntó si había terminado de leer un libro que me había prestado. Le contesté con la verdad. Me pareció un libro aburrido con el cual no tuve conexión alguna. Werther, interesado en la conversación, me preguntó qué lecturas me gustaban. Cuando le respondí, no pudo contener su sonrisa y pronto nos enfrascamos en una conversación bastante entusiasta. Yo llevaba mucho tiempo sin hablar de novelas o de poesía. Alberto, por sí mismo, no es un gran lector y, aunque cultiva muchas dotes intelectuales, las letras no son su pasión.

Estaba contenta de encontrar alguien que me escuchara con atención. Sin embargo, un gesto efímero de la tía de Elizabeth me hizo dudar. Cruzó su mirada con Werther y con los ojos le expresó “te lo dije”. Tía, no me gustan ni las mentiras ni la indiscreción. Es común que atraiga la curiosidad de los jóvenes y, aunque yo pueda corresponder con amabilidad, jamás engañaría la confianza de Alberto.

Bueno, al llegar a la fiesta, el señor Fischer, mi pareja de baile nos esperaba en la entrada. Era un viejo amigo mío y de Alberto; lo saludé con alegría pues mis enseres domésticos me habían impedido verlo desde hacía meses. Entramos a la casa e iniciamos rápidamente la contradanza inglesa. ¡Qué dicha es el baile! Toda amargura que sentía se disipó en un instante. Si no fuera por la danza, el espíritu permanecería insípido dentro de un cuerpo de piedra.

No dudes, tía, que Werther le pidió a Fischer bailar conmigo la segunda contradanza. Fischer aceptó con la condición de bailar con Elizabeth. Quedé impresionada con la agilidad, la gracia y la robustez de los pasos del joven Werther. Nunca había sentido mi espíritu danzar con tanta libertad. Fui yo, entonces, quien le pidió la tercera contradanza, a lo que Werther tomó mi brazo quizá con más goce del necesario. En la segunda vuelta, la señora Weber me miró fijamente y susurró de pasada el nombre de Alberto. Oh, tía, dos veces en un solo día se me recrimina cultivar una nueva amistad masculina. ¿A los ojos de quién debo asentir si en mi corazón correspondo con honestidad y lealtad?

Werther me preguntó quién era Alberto. “Es el excelente joven con quien me casaré”, le contesté. Después de confesárselo, Werther titubeó, su baile enflacó. No tuve tiempo para pensar sobre este hecho, porque minutos después cayeron los primeros rayos y, como era de esperarse, se aguo la fiesta.

Pasamos el resto de la velada dentro de una habitación más recubierta, inventando juegos para reanimar el ambiente. Cuando estábamos por irnos, Werther pidió visitarme el día siguiente.

No cederé ante las críticas mudas de mis vecinas. Creo en la amistad genuina y creo en la rectitud de mi amor por Alberto.

## Parte I, Episodio II

30 de junio

Desde aquel baile en el que conocí al joven Werther, su amistad me ha reconfortado en la ausencia de mi querido Alberto. Es un hombre con el pensamiento afilado y bien instruido, de modales respetuosos y gráciles. Pero he de admitir que cuenta con un ánimo excesivo. Cuando algo lo apasiona, una ventisca indómita se apodera de él y hace su placer. Aunque yo lo veo como honestidad, como correspondencia entre él y sus deseos, los vecinos de Wilhelm podrían acusarlo de incontinente.

El otro día nos visitó el médico de la ciudad para hacerle la revisión rutinaria a mi padre. Al entrar, encontró a Werther en el suelo del salón jugando con mis hermanos. A mí me alegraba que los niños se divirtieran con ese júbilo; pero el médico esparció a todos los del pueblo el rumor de que mi padre y Werther malcriaban a mis hermanos.

Cuando lo hablé con él, me expresó una reflexión aguda: “El hombre adulto es la paradoja de lo inalcanzable, Carlota. Cuando fija su mirada en el majestuoso bosque del horizonte lo hace depositando toda clase de aspiraciones. Pero cuando entra y observa de cerca un cedro, vuelve a encontrarse con su propia miseria”. Consternada por tal afirmación, le pregunté si ese pesimismo podría resolverse. Me sonrió y dijo: “Hay que retornar a la pureza de los niños”.

14 de julio

Qué palabras tan dulces utilizas, tía, al señalarme que yo bien puedo cultivar amistades masculinas si mi corazón permanece recto, pero que entre los hombres existe la propensión casi natural a rivalizar por lo que consideran propio. Yo misma me encuentro sorprendida por ver el contraste entre Alberto y mi amigo Werther. Uno es flemático, ordenado y propenso a los negocios, mientras el otro es desproporcionado, inconstante e impulsivo. Pero, no creo que tu temor vaya a ser el caso.

Hace una semana, Werther me acompañó para visitar al viejo amigo de mi padre, el cura S. Después de la cálida bienvenida del cura y de una pequeña charla en donde revivimos sus recuerdos de juventud, Werther y yo dimos un paseo con su hija, Federica, y su novio, el Señor Schmidt.

Federica es una chica risueña, de conversación ligera y amena. Pero el señor Schmidt, a quien no había conocido antes, resultó ser antipático. Al principio creí que tal era su personalidad, pero pronto advertí el celo que Werther le causaba. En algún punto tuve que pinchar a mi amigo en el brazo para que marcara mayor distancia con Federica antes de que ocurriera cualquier tragedia.

El evento no pasó desapercibido para Werther, quien, a la hora del té, centró la conversación sobre el mal humor. “El malhumorado es como un perezoso, quien succiona los goces ajenos. Es un vicio contra el cual hay que predicar”, sostuvo. Todos estuvieron de acuerdo, menos el señor Schmidt, a quien le pareció una exageración comparar el malhumor con un vicio. Repentinamente, Werther cobró un impulso indócil en su soliloquio. Como si sus argumentos fueran tormenta, defendió la entrega total a la felicidad del prójimo, a quien, según él, incluso en su lecho de muerte era menester otorgar un bálsamo de alivio.

Cuando terminó, nos retiramos inmediatamente. Yo comparto su visión, pero tuve que regañarlo por su vehemencia. Le dije que consideraba desesperado recurrir a la pasión extrema con tal de ganar un argumento.

De cualquier forma, si Werther cree de corazón lo que manifestó, significa que no mermará nuestra amistad en presencia de Alberto.

2 de agosto

Alberto regresó ayer y la paz en mi interior se ha restablecido por completo. Su presencia es un astro que ordena todo a su alrededor. Frente a él, mis hermanos conservan la calma y los modales; y mi corazón palpita en armonía.

Incluso, ha tenido la oportunidad de conocer al joven Werther. Ya le había hecho de su inteligencia cuánto valoro esta amistad, por lo que Alberto fue sumamente respetuoso con él. Después de conocerlo, me dijo que le asombró su talento innato por la palabra y su ímpetu por la vida.

Pero he de confesarte que Werther es verdaderamente expresivo y ante cualquier mínima alteración, su cuerpo lo delata. No lo habrá notado Alberto, pero yo me percaté de cómo mi amigo había perdido un poco de su brillo, de cómo cierta apatía recorría su pensamiento.

## Parte I, Episodio III

12 de agosto

¿Cómo nombras el estremecimiento de presenciar un huracán cuyo desborde se agita frente a tu rostro?, ¿cómo, pese a todo, admites la propia imposibilidad de contenerlo? Y, de ser así, ¿cómo obrar si ese huracán habita en tu interior?

Oh, tía, me disgusta llenar tu tranquila vida con las incertidumbres de tu joven sobrina, pero, como siempre, tu consejo es un oráculo.

Como es conforme a nuestro noviazgo no ocultarnos nada, Alberto me explicó que esta mañana tuvo una conversación tensa con Werther. Mi amigo iba a pasar la noche en las montañas y le pidió a Alberto sus pistolas. Él no dudó en prestárselas, pero le señaló que a partir de un accidente que había tenido con ellas las tenía descargadas por precaución. Cuando terminó de relatar su terrible experiencia, Alberto se percató de que Werther había dejado de prestarle atención alguna, observó cómo en un acto súbito e irreflexivo, su interlocutor apuntaba el cañón a su propia frente.

Alberto, horrorizado por la escena, le quitó la pistola y lo regañó con energía. Le dijo que darse la propia muerte era el acto más horripilante que pudiera existir. Que no había nada de gracioso en imitarlo como broma. Mi amigo Werther, sin embargo, defendió que interrumpir la vida propia podría ser interpretado como un acto heroico, de alguien quien, al no tener ninguna salida, decide con resolución el morir. Juzgó a Alberto como un insensible hombre de juicio, pues no podía comprender el mundo interior de quien apuesta por el suicidio.

Esta noche, Alberto está más alterado de lo normal. Su respiración lo delata. Y cuando le dije que lo quería, titubeó en su respuesta.

30 de agosto

Tía, tus párrafos transpiran preocupación aun cuando eliges las frases más oportunas. En el rincón con mayor lucidez de mi cabeza, llego a la misma conclusión que tú. Pero marcar distancia con Werther me es ahora imposible. Su amistad es un narcótico que me inocular, es, al mismo tiempo, efervescencia y quietud. Su existencia me ha enganchado completamente.

Es una pieza clave en esta casa. Ya es común que cada día se repita la bella escena en la que mis queridos hermanos persiguen a Werther para que les cuente un relato. Puedo decirte con seguridad que estas paredes no habían gozado de tanto regocijo desde que falleció nuestra madre. De todos modos, te comprendo. Incluso para mí, sigue siendo ininteligible. ¿Cómo un hombre puede poseer un alma tan errática, tan voluble, tan sensible? En un instante, toda su dicha puede venirse abajo; con una mirada, una palabra, algún acto minúsculo. Y entre las sombras, cuando no hay ningún testigo cerca, Werther se dispone a llorar en mi hombro. Entre sus sollozos delicados, me dice al oído: “¿Es necesario que la fuente de alegría y satisfacción de un hombre sea la misma que le otorga la desdicha?”

Hace dos días fue su cumpleaños y, como Alberto le ha tomado empatía a la insuficiencia de mi amigo, decidimos entre los dos regalarle el *Homero*.

15 de septiembre

Ya no hay razón para preocuparse. Werther ha partido. Encontró un trabajo con el embajador y tuvo que mudarse de Wilhelm. Desapareció de un día para otro. Y se despidió a su manera, sin mencionarlo directamente y bajo la romántica escena de la noche.

Hace cinco días, Alberto lo invitó al jardín después de la cena. Nos sentamos en la plazoleta, frente a los ojos de los castaños y bajo el aliento frío de la luna. Para mí, el romance no tiene nada que ver con amor, tía. Lo romántico es el arrebato de la emoción. Es la dilatada presencia de la pasión humana. La imposibilidad de resguardo ante el ardor del corazón.

Por eso no contuve mi romance y les dije a mis acompañantes: “Siempre que ando a través del claro de la luna, rememoro a mis difuntos. Sé que renaceremos... Pero ¿nos encontraremos de nuevo, Werther?”

Hubiera adivinado desde ese momento el doble sentido de mi pregunta.

“¡Sí, nos reencontraremos, Carlota!”, me contestó agitado.

Yo continué: “¿Y sabrán nuestros muertos la afección con la que los tenemos en nuestro espíritu? Cada que el recuerdo de mi madre me invade como un fantasma, levanto la mirada hacia el cielo y le pido perdón si no soy para mis hermanos lo que ella sí lo fue”.

Mi querido Alberto intentó detenerme en vano, pues estaba inmersa en el doloroso delirio de la nostalgia.

Tomé las manos de mi amigo y le dije: “Hubieras conocido a mi madre, Werther. No existió mujer más amable que ella. Y se fue en medio de su adultez... En su lecho me pidió que le llevara a mis hermanos, a quienes besó uno por uno. Luego me dijo, como una sentencia, que yo sería su madre en su ausencia”.

Alberto, quien suele guardar la entereza ante las emociones, estaba desbocado de sí mismo. Yo le dije: “¿Te acuerdas Alberto que ahí estabas? Te pidió que entraras y con una mirada sosegada nos dictó que juntos seríamos felices. Tú te aventaste a su mano y le confirmaste que así sería”.

Cuando terminé de hablar, me levanté. Los tres estábamos con el alma desnuda y vulnerable; no podíamos continuar más. Les dije que era mejor regresar a casa. Werther exclamó, casi a gritos, que nos volveríamos a encontrar. A mí me pareció un poco chistoso. “Me parece que mañana”, le dije con una pequeña risa. Hubiera advertido en las palabras de mi amigo la decisión oculta de partir, de dejarme. Cuando me di vuelta para verlo, observé su silueta desaparecer entre las sombras.

¿Qué es este vacío que crece en mi interior como las raíces gruesas de un árbol? ¿Lo volveré a ver, tía? ¿O será otro abandono más en mi vida?

## Parte II, Episodio I

19 de diciembre

Lamento profundamente que no vayas a estar el día en el que Alberto y yo nos casaremos. En las tierras del sur donde habitas se respira un aire cálido y húmedo, mientras que el aliento de Wilhelm en invierno es gélido y seco. No quisiéramos empeorar la enfermedad de tus pulmones, tía; pues, aunque te encuentres lejos, sabemos que en tu rezo nos tendrás justo a tu lado.

Apenas encuentro tiempo para escribirte. Alberto inició hace meses su trabajo y, desde entonces, las tareas de la casa se duplicaron. Y como adivinarás, el resto de nuestro tiempo lo dedicamos para la preparación de nuestro gran día: escribir las invitaciones, comprar la comida, mandar a coser el vestido, etc. Es increíble que un evento de unas pocas horas pueda requerir tantas semanas de planeación, pero eso sólo muestra su valor.

Estoy encantada al imaginar las nupcias. Queremos que sea una celebración pequeña, en nuestro jardín, con el cura del pueblo y nuestros amigos y familiares más cercanos... Claro, Alberto sugirió que no le contáramos Werther y yo estuve de acuerdo con él. No quisiera desequilibrar la vida de mi amigo.

Hasta pronto, tía. Que te mejores.

14 de enero

Oh, tía, qué día tan maravilloso, tan puro, tan blanco. Las palabras son insuficientes para describir la belleza de la ceremonia.

Inició a mediodía, cuando el sol iluminaba con toda su potencia la delgada alfombra de nieve que se asentó la noche anterior. El altar estaba entre dos castaños y los invitados miraban hacia el horizonte donde rompen las colinas. Yo misma las vi al caminar hacia el altar. Traía puesto un largo vestido blanco, apenas cargado de adorno, pero muy elegante. Me sentía con una belleza excepcional como si irradiara luz al andar.

Mi padre me llevó del brazo y, tras el velo que cubría mis ojos, observé el rostro de mis amigos y familiares que sonreían de mejilla a mejilla. Ahí estaba Alberto, mi amado Alberto. Con su traje delicado y sencillo, como él mismo. Con el semblante nervioso, pero sosegado.

Mi pecho palpitaba con estruendo mientras el cura daba su sermón. No pude captar sus palabras porque concentré toda mi atención en el hombre frente a mí, con quien pasaría el resto de mi vida. Sólo fue hasta que el cura se dirigió hacia mí que volví a centrarme: “¿Toma usted, Carlota S, a este joven como esposo?” Acepté y en mi voz se percibió la imperturbabilidad de quien sabe que toma la decisión correcta.

El resto del día fue una larga celebración entre nuestros seres queridos. Tuvimos un banquete delicioso con cerdo rebozado en salsa de nuez como plato principal y licor de cereza como bebida. Bailamos el vals y varias contradanzas. No fue hasta entrada la noche que el frío, antes que el cansancio, nos obligó a volver a nuestros hogares.

Y así pasé la primera noche como esposa de Alberto.

3 de febrero

Una boda es como una roca que cae y perturba las aguas mansas de un lago. En el instante en que ocurre, el lago se precipita, se emociona, se conmueve; por un segundo, se percibe como un intempestivo mar. Ese lago es nuestra relación, y apenas unos días después de casarnos, las ondas agitadas que causaron la boda se calmaron y regresamos a la serenidad de siempre.

Pero es cierto que no todo es igual. Emergió entre mi querido Alberto y yo un nuevo nivel de complicidad, una madurez inusitada. Es como si cualquier decisión que tomáramos, por más minúscula que sea, fuera excepcionalmente sólida. Como si el futuro de nuestra relación se afianzara en las decisiones del día a día. No sé si hago sentido, tía. Supongo que a esto le llaman ser dueño de la propia vida.

Cambiando de tema, me parece extraño que preguntes por el joven Werther. ¿Será que también te causó empatía aquella alma vagabunda? Y eso que sólo lo conociste a través de mis palabras.

Nos hemos escrito algunas cartas inconexas, nada sobresaliente. Me relata su vida allá, a la cual concibe como detestable. Su sensibilidad no está forjada de la misma madera que la de los políticos y burócratas. El corazón de mi amigo se confunde cuando está en presencia de alguien que prefiere el prestigio social a la sinceridad del deseo. Creo yo que muy pronto desertará ese trabajo y andará su propio camino.

10 de marzo

La primavera está por entrar y Wilhelm se abre como una rosa colmada de vida, casi presuntuosa. Me encantaría retratarte el fresco verdor de las colinas, el cielo invadido por jirones de nubes, el sol cálido que abraza todo lo que observa. Respiro y siento en mis pulmones el templado olor del cerezo y de la hierba.

Con la entrada de la primavera no es sólo la naturaleza la que se agita, también lo hace el interior de los hombres y de las mujeres. Me refiero a que mi querido Alberto ha estado más extrovertido que de costumbre... tanto para bien como para mal.

Déjame te explico.

Hace unos días, recibí una carta inesperada de Werther. Mi amigo le agradeció que le ocultara nuestro matrimonio. Le dijo que, si lo hubiera sabido antes, habría descolgado el dibujo que hizo de mi perfil, pero que al final no lo descolgará. “Yo sé que estoy en segundo lugar en el corazón de Carlota”, escribió.

Aunque Alberto sea reservado, intuyo que no recibió bien esa declaración. No me reprochó nada, porque reconoce que en esta extraña ecuación yo difícilmente tengo algo de culpa. Al contrario, se mostró más afectivo que nunca como si quisiera defender lo que cree le pertenece.

Me da vergüenza admitirlo, tía, pero quizá Alberto haya tenido este ligero cambio porque sabe que Werther tiene algo de razón...

## Parte II, Episodio II

30 de junio

El día de ayer el más pequeño de mis hermanos me preguntó por la identidad de la extraña persona a quien le escribo cartas. No sé qué pensar sobre el tiempo, tía. ¿Hace cuántos años que no nos hemos reencontrado? ¿Hace cuánto que partiste hacia el sur en busca de una vida más jovial? Y el más pequeño desconoce a su ilustrada pariente; desconoce tu voz calmada, como un lago bajo el sol del mediodía.

El tiempo no se detiene. Hay quien dice que por eso es inclemente, pero yo creo que en ello reside la belleza de la vida.

Está por terminar la primavera. El calor ha recrudecido, las flores han llegado al punto más alto de maduración, los frutos están por caer de los árboles. Mis hermanos más pequeños aprenden nuevas palabras y destrezas. Los más grandes se involucran en la vida doméstica y laboral. Los retoños se abren, se rompen, colmados de tanto amor, de tanta vida que no pueden almacenar dentro de sí.

Para contestar a tu pregunta, la providencia nos dio a Alberto y a mí ocho pequeños a los cuales cuidar. Nuestra relación es joven, todavía tierna; no se ha desplegado como se despliegan las rosas en su cenit. Por eso, sólo hasta después de algunos veranos más podré pensar en tener hijos. Pero no te miento, la idea de abrazar una criatura nacida del seno de nuestro amor me parece maravillosa...

P.D.: Como te lo predije, mi amigo Werther dejará su trabajo con el embajador y dará inicio a un nuevo estilo de vida. Creo que regresará al pueblo que lo vio nacer. Quizá, luego viaje por Europa. Espero tenga tiempo para relatarme sus travesías.

28 de julio

Me encontraba a media hazaña doméstica, fregando el suelo con total concentración, cuando escuché a la entrada del jardín el relinchar de un caballo desconocido. Alberto, quien me acompaña los sábados por la tarde en la casa, entró al cuarto y me dijo con asombro: “Regresó”. En un instante, con un brinco impaciente, mi corazón comprendió antes que mi mente a quién se refería.

Werther bajó del coche y, con un entusiasmo religioso, se acercó hacia mí y me besó la mano. Luego le dio un abrazo fraternal a mi esposo, quien lo recibió con los brazos bien abiertos.

Lo invitamos a pasar la tarde juntos, como si nunca se hubiera ido. Cuando lo avistaron, los niños se abalanzaron contra él tan fuerte que lo tumbaron. Werther, indefenso por el amor de mis hermanos, los consintió con regalos y anécdotas de su pequeño viaje. Una vez más, la casa retumbó por las risas.

Cenamos un pollo a la naranja que teníamos marinando desde la mañana, mientras nos relataba con lujo de detalle el horripilante trato que experimentó con el embajador. Nosotros le describimos la bella austeridad de nuestra boda.

Nada había cambiado. Werther era el mismo Werther. Alberto, también; y, por supuesto, yo

igual. Pero había un abismo. Todavía no comprendo de qué se trató, aunque tenía por seguro algo: resultaba extraño comportarnos como marido y mujer en frente de mi amigo, quien nos observaba como extraviado, como ajeno a la escena.

Sólo hasta ahora puedo pensar con calma mis emociones... ¿habré sentido culpa? ¿Cómo nombras a esta sensación de vergüenza... de no querer ser observada?

17 de agosto

¿Lo que te escribí hace unas semanas habrá sido producto de mi imaginación atolondrada? Realmente, la sorpresa por el arribo de Werther duró pocos días. Alberto se enfocó de nuevo en los negocios, como si nada lo hubiera perturbado y, por supuesto, continuó con su afecto hacia mí. Yo igual dejé de tener ese extraño cosquilleo en mi nuca, ese presagio de mal agüero.

De cuando en cuando, mi amigo nos visita a mí y a mis hermanos. Me ayuda con algunos mandados, divierte a los chicos y nos distraemos en conversaciones sobre libros. Cada que parte hacia su casa por las noches extraño inmediatamente su inteligencia refinada, como si él fuera una pieza del rompecabezas que completa este hogar.

Dentro de algunas semanas, Alberto saldrá en un viaje de negocios y yo lo alcanzaré a la mitad. Estoy emocionada porque hace meses que no salgo del pueblo. Deséame suerte.

21 de septiembre

Mi espíritu dio incontables vuelcos al leer tu última carta, tía. Nunca hubiera imaginado que pudieras sostener tales ideas libertinas. ¿Abandonar a Alberto y desposar a Werther? ¿No es eso una locura extrema? ¿Qué dirían en Wilhelm sobre mí? ¿Qué harían mis hermanitos ante tal decisión tan precipitada e irracional?

Pero... Dices que en estas cartas se despidе el aroma intenso de un amor no correspondido, que yo soy extranjera en mi propio corazón. Que parece que destino más cariño y admiración a mi amigo que a mi esposo, y que este último parece más bien distante y frío. ¿Será esto cierto? ¿Será que desde afuera aparento ser otra persona con otros sentimientos?

Te confieso: hace unos días, Werther me insinuó lo mismo. Yo le mandé una carta a Alberto quien había partido por negocios hacia el poniente del país. “Querido, espero impaciente que vuelvas... te extraño”, le escribí. Mi amigo la leyó porque la dejé en la mesa principal y me dijo con tono irónico: “Por un momento creí que esto iba dirigido hacia mí”. Yo sólo pude girar la conversación hacia otro tema, aunque en el fondo de mi alma algo se sintió pinchado.

Estoy ofuscada. No sé en qué creer. ¿Realmente conozco mis propios sentimientos? ¿Amo a quien creo amar...?

No, no puede ser. Sé que amo a Alberto. Lo sé con toda la seguridad... Dios, entonces, ¿cómo es posible que me agite tanto tu propuesta?

Lo siento, tía, en otra carta te relataré con más calma cómo fue mi pequeño viaje al alcanzar a Alberto en el poniente. Tengo mucho que meditar.

## Parte II, Episodio III

10 de noviembre

Tía, tranquila. Sí recibí tus cartas anteriores y no me encuentro molesta por lo que me dijiste. Entré en un largo lapso de meditación. Me di cuenta de que, en alguna medida, tenías razón.

Quise ignorar el hecho evidente de que Werther está enamorado de mí y que yo, por más que desee negarlo, también lo quiero. Me siento encantada cada que nos cruzamos, como si una fuerza interna se apoderara de mí y me nublara la mirada.

Pero también creo que eso no confunde a mi convicción. Por más que sienta lo que sienta, no puedo ser su pareja. Estoy comprometida con Alberto no por estabilidad o costumbre, sino porque lo amo. Puede que Werther me haga sufrir arrebatos, pero Alberto me da lo que es necesario para hacer durar el amor: confianza, tranquilidad, paz.

Werther se ha visto decaído en estas semanas porque él también lo sabe. Sólo es cuestión de tiempo para que entre en sus cinco sentidos y decida abandonar su afecto por mí.

26 de noviembre

¿Por qué no se resigna? Y, peor aún, ¿por qué yo no me resigno? Werther está preparando un veneno mortal para los dos, al cual no me sé negar. Constantemente hace avances descuidados o inoportunos. Y lo peor es que yo los correspondo.

Un día que Alberto llegaba tarde a la casa, Werther y yo bebimos del licor de cereza que teníamos guardado desde nuestra boda. Como es su costumbre, mi amigo bebió en exceso, por lo que no tuve más remedio que regañarlo. “Deberías pensar en mí”, le dije, refiriéndome a que debería tenerme más en consideración para que no se excediera. “En ti es en lo único que pienso todos los días”, me contestó con picardía. Yo cambié la conversación con premura, pero todo mi cuerpo se estremeció y mis cachetes se enrojecieron. Mi amigo soltó una pequeña risa al verme como un jitomate.

¿Por qué no puedo controlarme? ¿Por qué soy yo quien debe de cargar con esta culpa cuando sé que no quiero perder a Alberto?

Por cada suspiro que doy en la noche siento cómo mi esposo poco a poco se va acercando a la verdad de este triángulo amoroso.

5 de diciembre

Oh, tía, ¿cómo es que el mundo se ha alineado de esta forma tan trágica? El día de ayer ocurrió un asesinato en Wilhelm. Mi padre, como buen magistrado, se reunió con muchas personas en su habitación, quienes le relataron la identidad del criminal. En ese momento, llegó Werther y, al enterarse quién fue el homicida, salió corriendo.

Por la tarde, regresó a la casa sumamente conmovido y comenzó de súbito a defender al criminal. Nos relató que éste fue el ayudante de una señora importante de Wilhelm, de quien cayó perdidamente enamorado. Entre ambos, tuvieron encuentros furtivos y apasionantes, hasta que un día su aventura fue descubierta y tuvieron que despedir al desdichado. Al poco tiempo, la

señorita dirigió su amor hacia otro ayudante quien, como ya habrás adivinado, fue al que encontraron muerto... Un homicidio vengativo.

“Si yo no la tengo, nadie más la tendrá”, le dijo a Werther mientras lo llevaban preso al coche policía. Y, a pesar de esa locura, mi amigo lo defendió a capa y espada. “Es menester comprender el interior de ese desgraciado hombre, magistrado”, gritaba. La escena fue un disparate. Mi padre tuvo que sacar a Werther de la casa por la fuerza y, cuando se hubo ido, me preguntó: “¿Cómo puedes ser su amiga, hija mía?”.

¿Me estaré imaginando cosas? ¿No será que este incidente resuena a *nuestra* situación? ¿Debería actuar con más determinación antes de que una tragedia ocurra?

9 de diciembre

Alberto y yo hablamos. Creo que lo que pasó con Werther y el asesino fue el colmo para él. No se veía irritado ni mucho menos. Al contrario, me dijo muy calmadamente: “Querida, tengo que pedirte que alejes a Werther de nuestra vida”. Mi sangre heló, me dolieron las articulaciones y no pude contener mis lágrimas.

Me dijo que nunca ha dudado de mi fidelidad, pero en Wilhelm ya comienzan a escucharse rumores venenosos. La gente sospecha que yo sea una mujer infiel y que Werther deliberadamente quiere arruinar nuestro matrimonio. Incluso, aunque no hiciéramos caso a los rumores, Alberto me dice que mi amigo está cada día más taciturno, más neurótico. Que sólo es cuestión de tiempo para que una tragedia suceda.

Qué curioso es esto, tía. En unos cuantos meses llegamos a este punto de quiebre. Ni siquiera han caído los primeros copos de nieve y la amistad que cultivé con tanto cariño está por terminar. Algo aquí está claro: el tiempo del alma no es el tiempo del mundo...

## Parte II, Episodio final

20 de diciembre

Ya le he dictado la sentencia a mi querido amigo. Vino a visitarme por la tarde y me apoyó en arreglar los regalos de los niños. Tuve que tomar mi corazón con ambas manos y decirle: “Werther, te veré en la víspera de Navidad... pero antes no. No es posible que esto continúe. Tienes que dejar de visitarme con esta frecuencia”. Hubieras visto su mirada horrorizada, tía. Un nudo apretadísimo se formó en mi estómago.

Con la mirada gacha, dijo: “No, ya no volveré nunca más”. Fui yo entonces quien se precipitó. “Eso tampoco es posible. Tienes que visitarme, pero no así, no con estas intenciones. ¿Por qué yo, quien ya está casada, y no alguien más? Este amor... es imposible”.

En este tenso momento, entró Alberto y el ambiente recrudeció terriblemente. Por un instante, mis nervios se congelaron, pude escuchar los latidos de mi corazón palpar con estruendo. Entre ellos se saludaron con tosquedad. “Entonces, los veré hasta la víspera”, me dijo y se fue.

Alberto no mencionó nada más. Comprendió la escena en una sola ojeada, supo que hablar sobre ello sólo empeoraría mi estado de ánimo. Esta noche seré yo quien suelte algún que otro sollozo...

21 de diciembre

¿Qué he hecho? ¿Qué rayos he hecho, tía? ¿Cómo he podido sucumbir ante el mandato de mi deseo turbulento? ¿Por qué me coloqué a mí misma esta culpa monumental e imperiosa que me obliga a lloriquear?

El día de hoy estuve sola. Alberto salió a un pequeño viaje de negocios y regresará un día antes de la víspera de Navidad. Como no tenía ningún deber, me acosté en el mueble del salón para abandonarme en mis pensamientos. Hice un recuento sobre mi amistad con Werther y pensé en qué amiga cercana podría ser digna de su amor, de su inteligencia, de su bondad... Pero pronto me di cuenta de que nadie lo sería.

Me enfrenté ante la inminente verdad de mi interior: quiero a Werther para mí sola.

Con un corazón herido que reconocía la imposibilidad de ese deseo, escuché los pasos de mi amigo. Werther no cumplió su promesa y entró a la habitación donde me encontraba. Mis cinco sentidos se avivaron, mi mente entró en una nube intempestiva de contradicciones. “No debo estar a solas con él. Le llamaré a alguien. Pero... tampoco quiero que alguien más esté presente. Pero...”, fue la cadena interminable de ideas que tejía.

Tuve que desistir, pues mi amigo tampoco se veía alegre. Para calmar la tensión del ambiente, le pregunté si no tenía nada que me quisiera leer como suele hacer. Él me contestó que traía la traducción de Ossian. Oh, tía, terrible decisión pedirle que la leyera en voz alta. ¿Sabes de qué trata? Es una elegía larga y honda. Verso tras verso, escuchamos el desgarrador dolor que amigos y familiares sienten ante la pérdida de sus seres queridos. Juntos contemplan las tumbas de sus héroes. Cantan sus pérdidas entre sollozos y lágrimas negras.

Escuchar tal belleza en la voz de Werther me conmovió desesperadamente. En un instante, los dos rompimos en un llanto casi estridente. Él se acercó a mí y con sus labios rozó mis brazos. Yo sentí un fuego recorrer inexplicablemente mis nervios. Me abrazó con firmeza y yo me dejé

envolver en su pecho.

Yo lo sabía, me percataba de sus intenciones, pero fui débil ante la pasión. Werther me besó en los labios repetidamente. Sentía que se me iba el aire, que se me salía el estómago. Sentía electricidad en todo mi cuerpo. Dije su nombre una vez, pero no se detuvo. Continuó rozando su boca cálida con la mía... Hasta que la culpa cayó como plomo y grité que se detuviera.

Salí disparada a mi habitación llorando. “Esta es la última vez que te veo”, le grité. Él quiso que saliera, pero no respondí. “¡Adiós para siempre!”, me dijo. Y se fue.

Por Dios, tía. ¿Qué crimen he cometido? ¿Cómo podré mirar a Alberto a los ojos después de este día? ¿Qué hará él cuando se entere de que fue arrebatada mi fidelidad?

Estoy desamparada. Completamente sola. Sumida en un océano de desesperación.

25 de diciembre

La calamidad arribó sin anuncio. Mi consternación es infinita. Apenas tengo fuerza para escribirte esto, tía. Es como si un agujero inmenso se abriera en mi ser y lo succionara todo.

Werther se suicidó. Ayer su criado vino a nuestra casa para pedir por las pistolas de Alberto. Nos dijo que era para un viaje que mi amigo planeaba hacer pronto. Con cierta irritación, Alberto me dijo que se las entregara. Yo no quise hacer caso a los presagios oscuros que aparecieron en mi cabeza. Sabía que algo andaba mal... Y aun así, las limpié y se las di.

El día de ayer, a medianoche, Werther se dio un balazo en la cabeza con esas mismas pistolas que yo había pulido para él. Nos avisaron hoy por la mañana. Alberto y yo corrimos a su casa para verlo con nuestros ojos, porque no pudimos creer que fuera verdad. Cuando llegamos, el cuerpo seguía respirando, pero el médico que estaba ahí nos confirmó que no sobreviviría.

Falleció a la una de la tarde, después de horas agónicas de dolor. Falleció cuando el sol estaba en su punto más caliente.

Tía, estoy drenada de mí misma. Me siento abierta por dentro, como si todos mis órganos estuvieran siendo quemados. Alberto está preocupado por mi vida. Pero yo sé que no cometería el mismo acto... Creo... Sólo necesito un poco de tiempo...

No podré escribirte pronto... Estaré rezando por el alma turbulenta de un hombre que amé con pasión.

Adiós.

## Agradecimiento

¡Muchas gracias por elegir nuestros libros! Esperamos que hayas disfrutado de la lectura tanto como nosotros disfrutamos crear estas adaptaciones de clásicos literarios para ti. Si te ha gustado el libro, por favor, tómate un momento para dejarnos una calificación positiva y una reseña en Amazon. ¡Tu opinión es muy importante para nosotros y nos ayuda a seguir mejorando! Además, tus comentarios también pueden ayudar a otros lectores a descubrir nuestros libros y sumergirse en historias emocionantes en una sola sentada. ¡Gracias de nuevo por tu apoyo y esperamos verte pronto en nuestra próxima aventura literaria!